**LA TIERRA EN LA NARRATIVA IZQUIERDISTA DEL CONFLICTO**

**Por Juan Carlos Bermúdez Reyes**, politólogo autodidacta

La Izquierda colombiana, con retórica más pobre la extremista, ha querido consagrar como verdad irrebatible e incuestionable, es decir, como dogma, la idea de que en el fondo del conflicto armado actual y desde tiempos remotos, subyace, determinante y causa objetiva, el problema de la tierra. En palabras más sencillas, se piensa que en Colombia sigue pendiente la “tarea histórica” de hacer realidad la aspiración más sentida de los campesinos desposeídos: “la tierra para el que la trabaja”.

Algunos sostienen que la Ley 200 de tierras expedida por el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo fue un primer intento que hicieron fracasar los terratenientes y la extrema derecha cuando lo cierto es que dicha ley nunca pretendió repartir la tierra como política general en todo el país. Agregan que ahí nació la chispa que dio origen a la Violencia de mediados del siglo pasado. Grave error de apreciación.

El pensamiento estructuralista en su versión marxista interpreta los conflictos sociales como una manifestación de problemas más profundos, de tipo material y económico los cuales ejercen una influencia determinante sobre los eventos de superficie, dando lugar a luchas de clases. Para los marxistas, la historia discurre según etapas de desarrollo de las fuerzas productivas que conducirán, ineluctablemente, al comunismo, allí o en el momento en que el avance de esas fuerzas sea obstaculizado, se producirán graves conflictos sociales con carácter incluso violento. Ahí está la raíz de la concepción de la violencia como el motor de la historia.

El paradigma de la base material o económica que determina la superestructura, es decir, la política, la cultura, la religión y el pensamiento, es la que da origen a las consignas militantes de la izquierda -en sus diversas corrientes- inspiradas en los textos sagrados: El Capital y El Manifiesto Comunista.

Esa forma de pensar la política y los conflictos sociales es la que nos permite develar la lógica de ciertas consignas de acción. Ante todo, hay que buscar “las causas objetivas”, la “materialidad” del fenómeno, la “base económica”. Aclarado el referente teórico, lo demás es “pan comido”. A como dé lugar, se fuerza la realidad, se retuercen los hechos, se desprecia el discurso con el que las gentes dan existencia a sus aspiraciones de justicia, para que la teoría se mantenga incólume.

Para producir la simbiosis entre la realidad social y la teoría, según muestra la experiencia, se han creado partidos comunistas o con otros nombres. La historia es rica en ilustrar casos exitosos y fracasos rotundos en el intento de representar, efectivamente, a los sectores sociales a los que se pretende guiar en su accionar de clase. Entre estos últimos es donde podemos ubicar a la izquierda colombiana incluidas sus versiones y experimentos guerrilleros.

No hubo simbiosis entre sus teorías y los movimientos sociales. Ni los obreros se tragaron el cuento de que eran la vanguardia de la revolución ni de que a su vanguardia había un partido comunista. Los campesinos pobres tampoco, excepto en zonas muy marginales y en muy pequeña proporción numérica, siguieron la consigna de “la tierra para el que la trabaja”. Esta supuesta aspiración, que según nuestros variopintos marxistas había que realizar para que se cumpliera el designio fatalista e historicista del marxismo, el de la sucesión lógica de los procesos y etapas de la historia, habría sido el motor de los enfrentamientos de la llamada época de la Violencia de mediados del siglo pasado.

Esa interpretación va en contravía de toda evidencia. No hay ni en el discurso liberal ni en el conservador (recordemos que el lenguaje da sentido a la existencia al nominar las cosas y las vivencias “no existe lo que no se nombra”) ni en los hechos de violencia, alusión a la consigna en cuestión. A los marxistas les parece terrible aceptar que el enfrentamiento entre liberales y conservadores no se haya originado en una causa económica porque eso dejaría por el suelo su concepción materialista de la vida.

La experiencia histórica nos enseña que no basta suponer tener la verdad política de su lado para que esta salga adelante. El Ché Guevara y su teoría del foco revolucionario fracasó estruendosamente, pero, hay quienes se empeñan en sostener, contra toda evidencia, que las guerrillas revolucionarias surgidas a mediados de los años sesenta fueron fruto de las contradicciones de clase entre el campesinado pobre y los terratenientes y que esas guerrillas brotaron, como la flor del botón, en el fragor de esas luchas sociales.

Niegan de esa manera el hecho contundente de un campesinado que estaba agotado por la violencia interpartidista de la que venían saliendo. Más táctico, el liberalismo por mano del presidente Carlos Lleras Restrepo, que impulsó una especie de reforma agraria para cuyo efecto promovió la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios campesinos), en el propósito de que fluyera organizada. La infiltración de dicho movimiento por las izquierdas radicales y guerrilleras lo condujo por el camino de su autodestrucción, pues cada tendencia intento dirigirlo por su particular estrategia y visión de la revolución colombiana.

Hoy en día, medio siglo después, el campesinado colombiano no da muestras de que su problema sea el de que cada familia posea una parcela de tierra. La población rural se ha reducido considerablemente, buena parte del agro se desarrolla de forma industrial, estamos ante un mundo globalizado y altamente competitivo. Si en Colombia se impone la lógica de la revolución agraria en términos del doctor Sun Yan Tsen, el líder demócrata liberal de la China de principios del siglo 20, estaremos condenados al fracaso y daríamos al traste con el camino adecuado que no es otro que el de hacer cumplir las normas del mundo del trabajo de la OIT para los asalariados del campo como ya se da en algunas zonas agrarias.

Bogotá, 3 de noviembre de 2015